

Fernão Lopes, se pretende escribir «verdad sin otra mixtura—», aparece, aunque de manera distinta, al final de las novelas *Manual de Pintura e Caligrafia* (1977) y *Levantado do Chão* (1980), ambos de José Saramago. Con el final del período de Marcelo Caetano como telón de fondo, la acción de *Manual de Pintura e Caligrafia* sirve de pretexto —y también de pre-texto— a un amplio abanico de aserciones de cariz político-ideológico que, aludiendo a momentos pasados y a espacios diferentes, va encontrando paralelismos con el presente. Así ocurre, por ejemplo, cuando se refiere el contenido de la «oración nacionalista española del tiempo» (p. 200), espejo de la unión de fuerzas de credos religioso y político que hace enrojecer de vergüenza al narrador. Así ocurre también cuando, en un tono que oscila entre la parodia y la ironía mezclado de humor desencantado, se recuerda el decreto de Fernando VII sobre la restauración del Tribunal de la Inquisición y de los demás tribunales del Santo Oficio (p. 264). Instrumentos del ejercicio de poderes que son históricamente recreados en la malla de *Memorial do Convento*, o apenas diferentemente coloreados por la PIDE de *Levantado do Chão* o de *Manual de Pintura e Caligrafia*.

En ésta, los gritos de revuelta y de discordancia contra todo y cualquier tipo de opresión que haya hecho adormecer a la patria (p. 104) —la suya es, por extensión, todas las demás— aumentan de intensidad a medida que el narrador se va constituyendo en sujeto moral, afectiva e ideológicamente más apto y, por eso, capaz no sólo de sentir los problemas de su semejante, sino también de implicarse en ellos y hacer más de lo pensaba que podría hacer (p. 276). Concretamente, nos referimos a la manifiesta preocupación y creciente implicación en el episodio de la carcel de António, en Caxias, «una prisión dentro de otra prisión mayor, que es el País» (p. 283). Refirámonos de modo más específico a las líneas finales de la novela, donde, desde un registro narrativo que parece reproducir el que elabora Manuel Alegre en su poema, el narrador se regocija con el golpe militar:

Ha caído el régimen. Golpe militar, como se esperaba. No sé describir el día de hoy: las tropas, los carros de combate, la felicidad, los abrazos, las palabras de alegría, el nerviosismo, el puro júbilo. Estoy en este momento solo: M. ha ido a ver a alguien del Partido, no sé dónde. Va a acabar la clandestinidad. [...] Dormíamos en mi casa, M. y yo, cuando Chico, noctívago, telefoneó gritándonos que pusiéramos la radio. Nos levantamos de un salto (¿estás llorando, mi amor?): «Aquí Puesto de Mando de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas portuguesas hacen un llamamiento a todos los habitantes de la ciudad de Lisboa». Nos abrazamos (mi

amor, estás llorando), y envueltos en la misma sábana abrimos la ventana: la ciudad, oh ciudad, aún noche sobre nuestras cabezas, pero se ve ya una claridad a lo lejos. Dije: «Mañana iremos a buscar a António.» (p. 315).

Un golpe militar que enmarca también, con algunas pequeñas *nuances* más adivinadas que dichas, el final de *Levantado do Chão*. Con el escenario temporal de los años que anteceden la implantación de la República y extendiéndose a un tiempo que no sólo es el de la madrugada de la revolución (como en los ejemplos que acabamos de citar), esta novela muestra detalladamente las constantes violaciones de los más elementales derechos del hombre, principalmente en épocas donde supuestas dictaduras iluminadas convertían al pueblo en un mero burro de carga. Por tanto, no es de extrañar que en el transcurso de una trama donde la *plebe* sufre diariamente tratos indignos y humillantes (contra los que, a pesar de las contrariedades, algunos gradualmente se van rebelando), la revolución, tardíamente reconocida, surja en un primer plano como episodio redentor:

En este lugar del latifundio, tan lejos del Carmo de Lisboa, donde no se ha oído ni un tiro ni va la gente gritando por los descampados, no es fácil entender qué es una revolución y cómo se hace [...].

Sin embargo, es cierto que el gobierno ha sido derrumbado. Cuando el rancho se reúne en el cuartel, su cuartel de refugio y vivienda civil, no de militares, ya todo el mundo sabe mucho más de lo que imaginaba, por lo menos ahora tiene una radio pequeña, de esas de pilas que parecen cañas rajadas, sale todo a gritos, a dos palmos del oído nadie entiende las palabras, pero no tiene importancia, de unas se sacan las otras, y entonces la fiebre se generaliza, van por ahí nerviosos, hablando mucho, Y ahora qué hacemos, son las grandes dudas y ansias de quien entre bastidores se prepara para salir a escena, y si es verdad que los hay allí contentos, otros, que tristes no están, no saben qué pensar [...]. Avanzó la noche unas horas más y, finalmente, se hicieron explícitas las cosas, siempre se requiere una explicación, y también una manera de decir, se sabía lo que había terminado, no se sabía lo que había empezado, pues ahí lo tienen. (p. 351).

Entra el autocar en Vendas Novas, parece día de fiesta por la concurrencia del pueblo, la bocina tiene que desgañitarse para abrirse camino en la calle estrecha, y finalmente cuando entramos en la plaza, no se sabe por qué será, pero el ejército, míralo con su aire marcial, uno se estremece entero, y Maria Adelaide [...] mira por la ventana el autocar de los soldados que además están, en frente del cuartel, los cañones cubiertos con ramas de eucaliptos [...] (p. 352-253).

... después si Maria Adelaide empieza a llorar no se extrañen, llorará esta misma noche cuando escuche la radio, Viva Portugal, será en ese instante o ya ha-

brá sido antes, a las primeras noticias de ayer, o cuando cruzó la calle para ver más de cerca los soldados, o cuando ellos le hicieron señales, o cuando se abrazó a su padre, ni ella lo sabe [...]. (p. 354).

A pesar de todo, en un segundo plano –que contribuirá en gran manera al oscurecimiento de estas alegrías y júbilos–, el narrador nos hace saber el estado de espíritu contrario de los señores sin rostro del gran mar del latifundio. Estos lloran, reunidos en cortes con sus acólitos (p. 356), por motivos bien distintos a los de Adelaide Espada. Sin fuerza y sin poder para seguir manipulando al pueblo, unos huyen al extranjero, otros se quedan en el Alentejo. En cualquier caso, se agria la esperanza de cambio propugnada por los vientos de revolución y se empieza a oír que acaba la guerra en África, pero no se oye hablar de que se acabe la guerra en el latifundio (p. 357). Los *bertos* que quedan no dejan segar el trigo de sus trigales y, al no haber trabajo, siguen los rigores y las dificultades del pasado próximo, como si el «futuro» sólo fuese el presente andando lentamente hacia atrás (Jorge, 1980: 159).

La revolución parece anochecer «poco tiempo [...] después de abril y de mayo» (Saramago, 1980: 357), y lejos de Lisboa, el pueblo alentejano parece haber sido abandonado por los ideales democráticos y por los responsables de su consecución. Esta vez, en un intento de recuperar los derechos no atribuidos, el propio pueblo se subleva, hace su propia rebelión, y ocupa, en un día que recibe el apodo de «levantado y principal» (p. 366), los montes y heredades de los Norbertos y Gilbertos ausentes (p. 364). Actitud extrema para una situación extrema, no hay duda. Al menos, no parece haberla para un narrador ideológicamente comprometido que desde el inicio sintoniza su punto de vista y su simpatía con los más desfavorecidos. Y si pensamos que «The novel is the author's attempt at saying who he is [...]. I sometimes say that the reader does not read the novel. The reader reads the novelist» (Saramago, 2000: VI), entonces también parece no haber ninguna duda para el propio autor.

El mismo tipo de escenario eufórico aparece en las últimas páginas de *O Dia dos Prodigios* de Lída Jorge (1980). Anunciado por acontecimientos diversos y fantásticos (la aparición de una cobra con alas, la desaparición de la mula de Pássaro Volante y de otras confusas señales que esperan ser descifradas), el golpe de Estado –hecho «Sin que nadie haya muerto. Nadie haya muerto, porque todo ese arsenal [...] Tenía otro poder distinto al de herir o matar» (p. 142)– gana cuerpo y forma en Vilamaninhos a través de una visión no menos mágica y asombrosa.

Así, el coche celestial que Jesuína Palha ve aproximarse, y llama la atención de los habitantes del pueblo, «Trae los ángeles y los arcángeles. Oh gentes. Y a San Vicente de chofer» (p. 152). Ángeles y arcángeles que a medida que se aproximan, dejan de parecer «seres salidos del cielo, y venidos de otras esferas». «De donde los siglos tienen otras edades» (p. 152), para transformarse en «soldados garbosos y épicos, que entran ya por el centro de Vilamaninhos con banderas y flores» (p. 152). Señales de revolución con la que, según uno de los soldados que hablaba desde el coche abriendo «unos brazos de salvador, Todo iba a cambiar» (p. 153). Palabras a las que añade «Que era necesario que aquella tierra se enterase de que el tiempo de la libertad había llegado» (p. 153) y que, en un voto de esperanza que se deshojará como la flor que llevaba en el ojal, «Ahora las injusticias van a ser reparadas» (p. 154).

Sin embargo, la población de Vilamaninhos no tiene la misma conciencia ideológica del pueblo de *Levantado do Chão*. Corroborando la idea de que la gran y decisiva arma para mantener la alienación y evitar insurrecciones siempre fue la ignorancia (Saramago, 1980: 72), los personajes de la novela de Lúcia Jorge no sólo no se reconocen ni se identifican con los humillados y oprimidos de los que habla el soldado (p. 154), sino que acaban por enfrentarse al acontecimiento de forma anodina. Es decir, en una nota implícitamente no exenta de alguna crítica ideológica, en lo que respecta al aislamiento y, por consiguiente, al olvido al que ciertas regiones del interior fueron (y son) condenadas, la fiesta se lleva a cabo y se hace y los llantos acontecen (p. 161), sólo porque la llegada de gente joven y diferente representa una sustancial alteración de la rutina de la vida.

La diferencia a la que acabamos de aludir, seguramente sentida por todos en Vilamaninhos, es así comentada por uno de los personajes en el episodio del tío José Jorge: «No se parecían a nadie de este pueblo. Sólo la figura del estandarte» (p. 160). Quedan por entender, de forma cabal y consciente, los fundamentos de la llegada de los soldados (p. 159) que «Quisieron enseñar. En señalar. Pero nadie comprendía las palabras». (p. 161). Y en cuanto se marchan los soldados, la vida de Vilamaninhos retoma su curso natural, con sus preocupaciones; no todas naturales o usuales, o no sería la localidad un espacio en el que, desde hacía mucho, se venían sucediendo acontecimientos sobrenaturales.

De hecho, las revoluciones nunca fueron sencillas. Los resultados prácticos no siempre prueban los puntos de vista que, en teoría, funcionan a la perfección. No es posible preverlo todo. Sin duda alguna, no era previsible que el tiempo se volviera tan negro (Dionisio, 1979: 89)